

Viaje en moto por Sudamérica (II)



Atravesando Bolivia por una pésima red de carreteras. | MIQUEL SILVESTRE

De Valdez a Valdés en pos de un sueño

En Alaska está la ciudad con nombre español más al norte del Planeta, una denominación que se repite en el extremo austral del continente, el objetivo de esta aventura

◆ Miquel Silvestre

De Valdez a Valdés en pos de un sueño. Una vez soñé que daba la vuelta al mundo siguiendo las huellas de los exploradores españoles, que visitaba las fuentes del Nilo descubiertas por Pedro Páez, que saltaba a India a ver el sepulcro de San Francisco Javier, que llegaba a Filipinas para rendir homenaje a Magallanes y que terminaba en Valdez, Alaska, la ciudad con nombre español más al norte del planeta.

Desde que desperté de ese sueño tuve otro que se convirtió casi en obsesión y que acabo de cumplir. Visitar el otro Valdés de América: Península Valdés, en la Patagonia Argentina. Llamada así por el navegante Alejandro Malaspina en honor a un ministro del último rey que se preocupó por la exploración española: Carlos III.

Los sueños son los pequeños eslabones de los que se nutre la vida. Cada uno te lleva al siguiente. No sé si quedan más Valdés en el mundo, pero sé que nunca dejaré de soñar con llegar a ellos.

Buenos Aires, 20 años no son nada cuando se tienen 20 años. La vida pasa a toda velocidad. Por eso aún creo tener 20 años cuando han pasado más de 20 años desde que tenía 20 años. Y de mis 20 años de hace 20 años conservo cosas importantes. Conservo el amor por las motos, por los tangos y por una ciudad que nunca había pisado hasta ahora: Buenos Aires.

A los 20 años tuve mi primera moto, con la que aprendí a vivir, a viajar y a conocer el sabor del dulce alimento de la libertad. El amor por los tangos lo recibí de una novia de juventud, quien me enseñó a disfrutar de unas melodías canallas y unas letras descarnadas. "Sola, fané y descangallada la vi una madrugada salir de un cabaret. Triste venganza la del tiempo que te hace ver deshecho lo que uno amó".

En Buenos Aires no me siento un extranjero. Podría decir que es porque es clavada a Madrid. O porque de tanto leer a Borges y escuchar tangos uno reconoce como propia su

geografía. Pero la realidad es que en los sitios a los que llego en moto nunca me siento extraño; son míos por derecho propio, por haberlos alcanzado lentamente, kilómetro a kilómetro. A donde uno llega rodando, ése es siempre su barrio.

Yo, Miquel Silvestre, porteño, fan del Boca y de Palermo.

"La misión", si lo cuenta De Niro mola; si un español, es facha. Españolito que vienes al mundo te guarde Dios, una de las dos Españas ha de helarte el corazón. Así decía el verso de Antonio Machado. Yo fui niño en un tiempo en que esa sentencia parecía superada, eso que vino en llamarse la "bendita" Transición.

Fue un espejismo. La supuesta reconciliación de las dos Españas era sólo un cortinón de terciopelo barato para encubrir una nueva estafa al españolito de a pie, a ése al que los Austrias enviaron a morir a guerras de religión; los Borbones, a guerras de sucesión; los Cánovas y Sagastas, a guerras coloniales y republicanas y nacionales, a guerras políticas.

Españolitos de a pie a los que ni un gramo de plata de Potosí benefició, pues el tesoro de América se gastó en la banca genovesa para pagar esas guerras incansables que trituraron la mejor sangre de Castilla. Y al final, la "bendita" Transición nos trajo una casta política que le dijo al españolito de a pie: tu sacrificio de siglos fue inútil. ¿No lo sabías? Pues aquí tienes la nueva verdad: la leyenda negra es cierta y tus antepasados, unos asesinos crueles y avariciosos.

Y entonces apareció una película de Hollywood contando una historia en la América Española: "La Misión". Gracias a Robert de Niro y a Jeremy Irons te enterabas de que los precedentes modernos de los derechos humanos están en las Leyes de Burgos promulgadas en 1512 que reconocían al indio su libertad y el derecho de propiedad.

Mientras que en el territorio español regían las Leyes de Indias, que reconocían al indígena como hombre libre, en el portugués los indios podían ser capturados como esclavos. Cuando España cedió a Portugal parte de la banda



Arriba, un bañista en un punto de la ruta. Sobre estas líneas, el motorista en uno de los pasos de su recorrido. | MIQUEL SILVESTRE

oriental del río Uruguay, las misiones jesuíticas en esa zona, donde vivían miles de guaraníes, se enfrentaron militarmente a los bandeirantes portugueses para defender a los indios.

La historia podría haberse enseñado en las escuelas de España, pero tuvo que venir Robert de Niro para que el españolito fuera al cine a aprender algo de su propia historia que tal vez le deshelara un poquito el corazón.

Bolivia, donde mueren los rebeldes. Bolivia es un país que tengo idealizado desde que viera aquella película de Paul Newman y Robert Redford: "Dos hombres y un destino". Cuenta la historia de Butch Cassidy y Sundance Kid, asaltantes de bancos perseguidos en USA que iniciaron una huida hacia Sudamérica. Los mataron en Bolivia en una encerrona policial en 1911.

La película se incrustó en mi imaginación infantil y durante años he fantaseado con emularles en su peregrinar a caballo por Sudamérica. En moto, pero la filosofía es la misma: viajar a cuerpo, con lo poco que uno puede cargar, haciendo de la agilidad y la modestia virtudes esenciales.

Bolivia se mostraba en el filme como un país pobre y bello, difícil de recorrer, de abrupta geografía y enormes contrastes, donde los pistoleros encontraron un final terrible y épico. Tan terrible como lo encontró en Bolivia otro rebelde: Ernesto Guevara, el Che, también convertido en icono del siglo XX y objeto comercial. El Che intentó en estas serranías andinas el milagro revolucionario de la Sierra Maestra, pero Bolivia no era Cuba ni los Andes el Caribe, y tras pasar penalidades sin cuento en un territorio desconocido y sin apoyo, fue capturado y ajusticiado en 1967.

Todas estas referencias me acompañan en mis primeros pasos por Bolivia, una nación de grandiosa y diversa belleza, pero de atroz red viaria, surtida de precipicios, barrancos, barrizales y camiones.

Este desastre circulatorio a punto está de convertirme en otra rebelde víctima del viaje boliviano, como les pasó al Che, Sundance Kid y Butch Cassidy, cuyos fantasmas no dejan de acompañarme.